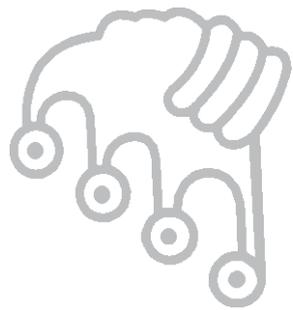


## OTROS TEMAS





# La fuente de la moral y la obligatoriedad. Un estudio desde la teoría histórico-genética



**IZTAPALAPA**  
*Agua sobre lajas*

Laura Ibarra García\*  
Klaus Ruhl\*\*

**Resumen:** El artículo pretende demostrar cuáles son las fuentes reales de la moral reconstruyendo el proceso ontogénético y filogenético en que ésta se forma. El texto inicia con una crítica al esquema explicativo de la filosofía, que tradicionalmente ha reclamado a la moral y a la normatividad como uno de sus objetos de estudio. La lógica a la que recurre la filosofía para explicar la génesis de la moral es una lógica circular: el origen es pensado parcialmente idéntico a lo que emerge de él. El origen de la razón es la razón y la moral se deriva de la moral.

Una teoría que estudia el proceso de desarrollo de la moral como ésta realmente se forma identifica la relación de intimidad en los primeros contactos entre el sujeto y la persona encargada de su cuidado como las condiciones en las que surge la moral. En esta relación todo miembro de la especie va haciendo propios los intereses del otro. El momento de la obligatoriedad resulta de la relación emocional que sustituye la relación natural de las etapas tempranas de la ontogénesis y de la experiencia que se traduce en el terreno de la cognición de que las interacciones y con ellas la relación con los demás sólo pueden mantenerse cuando se consideran las expectativas y los intereses de los otros.

**Palabras clave :** moral, lógica de explicación, historia evolutiva de la especie antropológica, ontogénesis, filogénesis, expectativa, anticipación, obligatoriedad.

\* Profesora del doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Guadalajara y directora del Centro de Estudios Europeos de la misma institución. 95nubi@megared.net.mx

\*\* Profesor del Departamento de Estudios Políticos de la Universidad de Guadalajara.

**E**l presente artículo pretende contribuir a recuperar la comprensión de la moral para las ciencias sociales, por un lado, demostrando la lógica no científica que sigue la filosofía al abordar la moral, y, por otro, explicando las fuentes de la moral bajo las condiciones reales en que ésta se forma.

El discurso de la moral siempre ha sido dominio de la filosofía. Sin embargo, existen dos objeciones que ponen en duda sus afanes explicativos: i) una se refiere al intento de la filosofía por declarar intrascendente la génesis de la moral para la dimensión de su validez, ii) y otra señala la identificación de la filosofía con su objeto de estudio.<sup>1</sup> Aquí, por razones de espacio profundizaremos en la primera objeción.

La filosofía moral apenas ha atendido la explicación genética, en especial histórico-genética, que pretende seguir de manera puntual el proceso de formación de la moral tanto ontogenética como filogenéticamente. La razón salta a la vista: el discurso filosófico pretende una validez apriorística de la moral. Cuando en un intento de diálogo interdisciplinario la filosofía afirma que las ciencias sociales se ocupan de explicar la formación de la moral, el argumento se utiliza precisamente para no tener que ver con ellas (Tugendhat, 1986). Si las ciencias sociales sólo se interesan –así reza la objeción– por el fundamento empírico, éstas no tienen injerencia en la dimensión de la validez, que es lo que interesa a la filosofía moral.

Además de esta línea artificial de supuestas competencias disciplinarias, su desdén por lo empírico se fortalece con la idea de que la moral sólo puede ser definida por la filosofía. Los filósofos de la moral han partido del supuesto, siguiendo a Kant, de que existe una razón pura en la que residen como razón práctica todas las leyes categóricas que exigen necesariamente reconocimiento. De ahí que esta necesidad sólo pueda ser conocida por la razón, sin que deba tener en cuenta las condiciones empíricas (véase Kant, 1968: 60). No tiene sentido pretender obtener un concepto válido de la moral desde la investigación empírica, solamente se puede definir lo que es la moral –afirma la filosofía práctica– a través de una reflexión filosófica sobre aquello que tiene validez. Es imposible entonces remontarse a la situación en la que ésta aún no surgía, antes de cualquier inicio, la moral está ahí en la explicación misma, escamoteando todo intento por buscar precisamente una explicación.

El renacimiento de la filosofía moral obliga a iniciar cualquier investigación sobre la moral advirtiendo la estructura de la lógica que esta filosofía sigue en su fundamentación argumentativa. Sólo así puede hacerse evidente el cambio en la

<sup>1</sup> Véase al respecto la crítica de Niklas Luhmann a la tradición humanista en Luhmann (1978).

lógica de explicación que emprende una teoría que reclama poder explicar científicamente el surgimiento y el desarrollo de la moral. Cuando se trata de establecer una relación causal, la estructura lógica que ha seguido la filosofía establece una relación entre dos puntos, se parte de la causa y se llega al efecto. Pero la identidad que caracteriza a esta lógica obliga a pensar la causa como un origen análogo a lo que de aquí habrá de emerger. Causa y efecto son (parcialmente) idénticos. En la filosofía moral cualquier intento por encontrar el origen de la moral ya lleva consigo la moral misma. A esta lógica, la llamamos junto con Günter Dux, lógica de derivación (Dux, 2000: 39 y ss.).

La estructura de esta lógica tiene una larga historia. Podemos reconstruir su génesis porque las estructuras cognitivas se forman siempre y en todas partes en las primeras etapas de la ontogénesis<sup>2</sup> de los miembros de la especie bajo condiciones que podemos observar. Toda forma de pensamiento, religioso, filosófico o científico, desarrollado por los adultos, es prolongación de un proceso constructivo iniciado por el individuo en las primeras fases de la ontogénesis. Las estructuras cognitivas se forman en los esfuerzos por coordinar y organizar la acción y por tanto asumen su estructura misma. Por ello la lógica del pensamiento corresponde inicialmente a la estructura de la acción. Esta lógica cognitiva sigue un largo proceso evolutivo antes de asumir una semántica abstracta como la de la teoría trascendental del conocimiento o la de la filosofía moral contemporánea.

El decreto que impide reconstruir el desarrollo de la moral, afirmando que no es posible hacerlo con su proceso de formación, es una idea que sigue estrictamente la lógica de derivación que las ciencias se empeñan en superar. En la filosofía, en el proceso de fundamentación siempre está ya dado lo que se trata de fundamentar. En la reflexión explicativa, lo que se trata de explicar ya está en el explicando: en el origen del lenguaje está el lenguaje, en el origen de la comunicación está la comunicación y la moral, claro, se deriva de la moral. En la teoría trascendental del conocimiento, la moral como parte de la razón proviene desde luego de la razón, pero no entendida como un constructo que se ha ido formando a lo largo de la historia natural en las sociedades humanas –que tiene como condición el cerebro en el que la razón no está contenida de antemano–, sino en su forma sustancial, lo cual contiene lo que de aquí habrá de emerger. En la argumentación de la teoría del pragmatismo trascendental se sostiene que en cada discurso que contribuye a la formación de la teoría, especialmente en el discurso de la moral, ésta ya es condición del discurso. La moral encuentra en el lenguaje su objetivación. Y si bien es cierto que no es posible un discurso sin moral, la

<sup>2</sup> Ontogénesis: formación y desarrollo de un individuo.

reconstrucción científica del proceso de formación de ésta no puede señalarla como condición y de ahí derivar su propia génesis. Las condiciones son sólo un proceso evolutivo natural y la constitución antropológica; y ninguna de ellas contiene la más mínima moral. Por ende, esta última no puede derivarse de ellas.

Si no es posible derivar la moral de una razón que ya la contenga desde un inicio ni tampoco aceptar la imposibilidad de reconstruir su desarrollo, puesto que tal idea, como vimos, sigue una lógica absoluta, entonces, ¿cómo es posible estudiar la moral?

Si partimos de que las formas culturales de vida se fueron desarrollando en el proceso evolutivo de la historia natural, debemos observar éste tal como se desarrolló, sin un entendimiento previo de qué es la moral. Es necesario asumir la comprensión moderna de la naturaleza de que en el estrato natural no se encuentra la presencia de alguna forma de subjetividad o de "razón" que contenga ya la moral. Por eso la teoría histórico-genética no se pregunta por qué se desarrolló la moral, sino como qué.

La estrategia metodológica que sigue la teoría histórico-genética parte de las duras condiciones en que arrancó el proceso de aculturación, en el que se fueron modelando las formas de organización socioculturales (Dux, 2000: 60 y ss.). Después se sigue el desarrollo de las estructuras de estas formas de organización en la historia hasta llegar al presente. Como se advierte, explicar tiene en esta teoría un significado preciso: se trata de reconstruir las condiciones en las que estas formas fueron surgiendo y evolucionando. El punto de partida es el conjunto de condiciones organizadas sistémicamente que se influyen entre ellas y que sólo en su actuar conjunto hacen surgir el resultado. En este sentido la lógica que seguimos es relacional y sistémica. Pero también se trata de una lógica procesual. Con ello queremos decir que el resultado, las formas de organización del pensamiento, del lenguaje o de la moral, no se encuentran en las condiciones que constituyen el punto de partida. El resultado se forma en el proceso, la diferencia de lo que ocurre en la lógica de la filosofía moral: en la lógica de derivación nunca surge un fenómeno realmente nuevo, mientras que en la procesual se admite la posibilidad de que surja un fenómeno realmente nuevo: de la materia sin vida puede surgir la vida; de la vida carente de espiritualidad puede surgir la cognición, el lenguaje o la moral.

Desde luego que la explicación del proceso de formación de las formas socioculturales de vida ocurre en el medio del pensamiento y el lenguaje. Es imposible lograr un conocimiento fuera de ellos. Sin embargo, ya que la constructividad de estos instrumentos logra obtener algún conocimiento de la realidad material del universo, tenemos razones para suponer que es posible reconstruir el conjunto

de condiciones que suponemos como punto de partida de las formas de organización socioculturales. Por ello las ciencias sociales han emprendido el intento de explicar el proceso de formación del pensamiento, del lenguaje y también de la moral.

### La reconstrucción filogenética<sup>3</sup>

No es posible reconstruir el largo proceso filogenético de aculturación en el que la especie humana fue convirtiéndose en tal a partir de restos materiales. Los testimonios que darían cuenta del desarrollo del pensamiento, del lenguaje o de la moral son muy escasos. Sin embargo, es posible emprender el camino de la reconstrucción si se consideran las condiciones empíricas en las que surge el desarrollo. En el caso de la moral, uno de estos requisitos es la capacidad del cerebro y muy ligada a ella el hecho de que el proceso de aculturación se puso en movimiento a partir de aquel espectacular desarrollo en el que el aprendizaje, en las primeras fases de la ontogénesis, fue haciendo inoperantes las estructuras instintivas, dejando a la especie humana con muy pocas acciones determinadas genéticamente (véase Holloway, 1996).

Aun cuando no sabemos mucho cómo el desarrollo evolutivo del cerebro y la formación de zonas neuronales diferenciadas hicieron posible el proceso de aculturación del hombre y con él la formación de estructuras cognitivas y normativas, no existe duda alguna de que sin la capacidad constructiva del cerebro no se hubieran formado éstas. Pero debe quedar claro que se trata de capacidades cerebrales y no de competencias cognitivas; éstas deberán adquirirse de forma constructiva en las experiencias con el mundo exterior, lo que por razones ligadas a la sobrevivencia debe ocurrir en las primeras etapas de la ontogénesis de los miembros de la especie. Unida a este proceso se encuentra la mencionada reducción de los instintos.

Durante millones de años el desarrollo de nuestra especie se caracterizó por dos procesos paralelos: la disolución de formas de comportamiento instintivas e inflexibles determinadas genéticamente y la construcción de formas socioculturales de vida, entre ellas la moral. La interrelación de estos dos procesos se advierte si se observa en detalle qué fue lo que ocurrió: el aumento de la duración de la estrecha relación madre-hijo y el enorme caudal de aprendizaje modificaron de manera radical el equipo genético, de manera que las estructuras instintivas

<sup>3</sup> Filogenético: desarrollo y evolución general de la especie.

perdieron su fuerza como determinantes de las acciones. El resultado de este proceso milenarío fue la marcada incapacidad del ser humano para sobrevivir por sí mismo en el momento de su nacimiento.

Si se acepta que estos procesos sucedieron en el periodo milenarío de transición del animal al hombre, hay que reconocer que en la fase de la historia natural de la especie se inició la construcción de formas socioculturales de vida. El espacio donde éstas, desde esta época, comienzan a desarrollarse son las primeras fases de la ontogénesis. Bajo las condiciones apremiantes que obligaron a garantizar la sobrevivencia no pudo ocurrir de otro modo. En la socialidad de los primeros años de vida, con la persona encargada del cuidado, tienen su inicio las estructuras cognitivas, el lenguaje y la moral, es decir, las estructuras fundamentales en las que descansa la totalidad de la cultura.

La universalidad del proceso es relevante. En todas las épocas y en todas las sociedades, desde hace 40 mil años, todo miembro de la especie es al nacer totalmente incapaz de sobrevivir por sí mismo y en la relación con un adulto más competente comienza a desarrollar capacidades culturales que garantizarán su sobrevivencia. Los niños de los pueblos más antiguos de la especie *Homo sapiens sapiens*, como los de hoy, empezaron en sus primeras etapas a atender las indicaciones de los mayores, ya fuera porque de otra manera la competencia de las acciones no registraría un progreso o porque si no las hubieran seguido la comunicación y la interrelación se hubieran bloqueado. No está de más repetirlo: en la etapa temprana de la ontogénesis deben desarrollarse competencias que aseguren la sobrevivencia y con ellas, las estructuras basales de la organización sociocultural.

El estudio del proceso histórico se inicia con la observación de la aplicación de estas estructuras desarrolladas en la ontogénesis temprana de los adultos de las primeras sociedades de cazadores y recolectores. Más tarde, las estructuras concretas del proceso de la historia abrirán oportunidades de acciones que darán nuevos impulsos al desarrollo. Las estructuras normativas, entre ellas la moral, que encontramos en la historia sólo pueden entenderse como prolongación de las estructuras iniciadas en la ontogénesis. En la reconstrucción de las condiciones bajo las cuales continúa el desarrollo y que explican por qué ocurre en esta forma, reside la llave para la comprensión de los desarrollos socioculturales.

Si aceptamos que en el largo proceso evolutivo la moral se desarrolló como una de las competencias que los miembros más jóvenes de la especie debieron de aprender para asegurar su sobrevivencia, debemos entonces –si se quiere entender la génesis de la moral– reconstruir el proceso ahí donde primero se forma: en las primeras fases de la ontogénesis.

## La génesis de la moral

La génesis de la moral se debe a dos desarrollos: 1) a la integración de la alteridad en la subjetividad y 2) a la reflexión que permite percatarse de la necesidad de tomar en cuenta los intereses del otro significativo y de convertirlos en conciencia moral (Dux, 1997).

Nuestro punto de partida lo constituye el supuesto de que la estructura y la génesis de la moral pueden entenderse si se analiza su proceso de formación ahí donde ocurre por primera vez: en la ontogénesis de todo miembro de la especie. Es indudable que las condiciones para la formación del núcleo de toda moral surgen ontogenética –y filogenéticamente– en la relación madre e hijo. Veamos el proceso con detenimiento.

En el momento de su nacimiento todo miembro de la especie está naturalmente dotado para establecer un vínculo con una o varias figuras significativas. Estos vínculos se pueden observar en muchos lactantes. En la fase intrauterina aparecen ritmos simultáneos entre la madre y el niño que facilitan la formación de secuencias de interacciones posteriores. Debido a la continuidad que muestra este desarrollo, Portmann califica los primeros doce meses como “año extrauterino” (Portmann, 1967: 511-518). Los experimentos realizados por Meltzoff, así como las observaciones de Stein Braten de las interacciones en los primeros años de vida confirman esta continuidad (Braten, 1988). La situación para comprender el proceso de aculturación es relevante, pues documenta la posibilidad de que en algún momento de la evolución el proceso se haya podido poner en marcha y de que en el presente suceda así en cada miembro de la especie.

## La primera condición: el desarrollo de la intimidad

La relación entre el niño y la persona encargada del cuidado es fundamental para el desarrollo de la moral, pues significa el prerrequisito para que se presenten las condiciones de las cuales la moral habrá de surgir: el desarrollo de la competencia de acción y la integración del adulto significativo en el repertorio emocional (Mahler, 1989).

En el proceso mediante el cual se adquiere y aumenta la competencia de la acción en las primeras fases de la ontogénesis, la persona encargada del cuidado, generalmente la madre, no sólo contribuye de manera decisiva en el desarrollo de la coordinación motriz dosificando su acción, la seguridad que brinda su permanente atención y la posibilidad de volver siempre a ella, permiten que el niño

emprenda la exploración de su medio. La confianza para actuar en el mundo exterior requiere, dada la inseguridad de las situaciones y la frustración ante los fracasos, la estabilización que brinda el otro. Hasta el final del segundo año de vida esto ocurre dentro de los marcos de un permanente contacto corporal. Más tarde es suficiente con regresar a la zona corporal que brinda protección y asegurarse de su apoyo. Este proceso se vuelve cada vez más discursivo y se extiende a aquellas personas significativas que se encuentran en el entorno del niño. Como intimidad designamos el conducir la vida en la zona corporal del otro, teniendo la seguridad de su apoyo. Como se advierte, la relación de intimidad sustituye la relación simbiótica inicial, fuertemente determinada por la naturaleza y propiciada por la condición de mamíferos.

Para el desarrollo de la moral es importante que esta intimidad de los primeros años conlleve una emocionalidad en la que se establece la alteridad. El hecho de que el desarrollo de la capacidad de acción esté unido a la interacción con la persona encargada del cuidado conduce a integrar al adulto significativo dentro del repertorio emocional del niño. El afecto mutuo será, como afirma Piaget, la primera condición para una vida moral (Piaget, 1935: 229).

Hablar de la integración de la alteridad en la subjetividad nos acerca a entender el proceso de formación de la moral en el desarrollo de la competencia de las acciones. El aumento de la competencia de estas últimas en las etapas tempranas de la ontogénesis está condicionado por la coordinación paulatina de la motricidad y por la construcción de un mundo ordenado. En el proceso de coordinación motriz, el niño va haciendo de sus deseos las metas de sus acciones. Sin embargo, en aquellas acciones que intervienen en el mundo exterior para introducir un cambio o que participan en las interacciones sociales, el organismo/sujeto se percata de que existe cierta inseguridad de lograr la meta. Las acciones ocurren entonces en una actitud de expectativa abierta y ésta depende de la situación y del conocimiento relacionado con ella.

Las expectativas en el comportamiento son estructuradas de distintas maneras: el niño puede esperar que un evento ocurra en el mundo exterior o confiar en que mediante sus intervenciones en el campo de los objetos sobrevenga el efecto deseado. Aquí la expectativa es sólo de naturaleza cognitiva. En las interacciones sociales esto no ocurre así: en ellas las expectativas también son estructuradas cognitivamente, pero no se limitan a ello. Tan pronto aparecen intereses que pueden ser afectados o para cuya realización es necesario que el otro colabore, se aprovecha la apertura de la acción a fin de dar a la expectativa la forma de exhortación. El niño exhorta a la persona encargada de su cuidado a considerar su expectativa y a actuar en consecuencia, para lo cual se auxilia del lenguaje. Ya que en las interac-

ciones sociales siempre están en juego intereses y que en una gran cantidad de interacciones los intereses sólo pueden satisfacerse a través de la cooperación del otro, la expectativa y su consecuente exhortación se convierten en parte de la estructura de la interacción social.

Desde luego esto aún no explica el surgimiento de la moral. Las exhortaciones pueden ser de naturaleza muy diferente, como invitar a un conocido al cine, solicitar un préstamo o proponer matrimonio. En la exhortación, la expectativa se convierte en una expectativa protonormativa. El momento realmente normativo aparece cuando atender la expectativa significa una obligación, un deber para quien ésta va dirigida. La comprensión de la formación de la moral exige entonces entender la génesis de la facticidad de la obligatoriedad. ¿Cómo surge ésta? ¿Bajo qué condiciones se desarrolla? De nuevo una determinación de la moral a partir de su proceso de formación en las condiciones familiares de la ontogénesis temprana contribuye a perfilar este efecto obligatorio (Dux, 1997: 176-211).

Junto con el desarrollo de la capacidad de acción e interacción se forman competencias cognitivas. Ambos desarrollos se impulsan mutuamente. El desarrollo de las capacidades cognitivas hace de los vínculos naturales, vínculos socioculturales. El niño se percata de las relaciones con las personas que asumen su cuidado y se sabe unido a ellas en la interacción, donde se forma el momento de obligatoriedad al seguir la exhortación del adulto significativo. La razón de ello reside en una experiencia que se traduce en un principio básico en la esfera de la cognición: las interacciones y los vínculos con el otro sólo pueden realizarse sin dificultades cuando las expectativas del otro y los intereses unidos a ellas son tomados en cuenta. El momento de obligatoriedad se advierte con claridad: el sujeto se obliga porque no puede hacer otra cosa. Sin atender las expectativas del adulto significativo y sin considerar sus intereses no es posible mantener los vínculos en la relación íntima familiar.

En la ontogénesis temprana, se establece poco a poco un modelo de relación en que se puede presumir con anticipación que el otro actuará apropiándose de los intereses de ego. Ahí donde esto se impone como modelo de interacción reconocido, las expectativas protonormativas se transforman en normas. Esta estructura es la que define el carácter de las relaciones sociales. Debido a que la obligatoriedad es dirigida recíprocamente en forma consecutiva, las relaciones sociales son relaciones que se organizan a través de la obligatoriedad. En las comunicaciones e interacciones cada participante anticipa las exhortaciones del otro y busca integrarlas con antelación en sus propias acciones. Pero a esta situación se agrega otro motivo para considerar las expectativas del otro en la estructuración de la propia acción.

La competencia de acción solamente se puede desarrollar aprendiendo a tomar en cuenta estas exigencias; su desarrollo está unido al aumento de esta capacidad. La disposición para ello está dada por la importancia del otro y porque esta posición se fortalece entre más se logre interactuar con él. El desarrollo que Piaget estudia en la moral muestra que el aumento de la competencia de acción está ligado al de la competencia de tomar en cuenta cada vez en mayor medida las exigencias del otro.

La conciencia que acompaña a este proceso y más tarde lo reflexiona, contiene un momento que junto con Dux denominamos la racionalidad de lo social. Sólo bajo la condición de que las demandas del otro más competente sean tomadas en cuenta, se puede mantener una relación padres-hijos provechosa. En ello reside un ejercicio tanto de la razón como de la moral, pues reconocer que hay que considerar las demandas del otro está determinado por el convencimiento de que esto es en provecho de todos. Las demandas del otro más competente en el entorno social son los garantes de las experiencias exitosas de la acción. Y estas últimas conllevan la convicción de que es razonable seguir tales exhortaciones. Por ello, las formas tempranas de la moral deben ser entendidas más como producto de una perspectiva limitada que como expresión de un oportunismo que todavía no entiende nada de moral. Si bien es cierto que el niño experimenta las demandas de los padres como presión, el poder superior de éstos desarrolla una forma de moral que ha sido considerada como realismo moral: hay que tomar en cuenta los intereses y las demandas de los otros bajo condiciones sociales dadas.

## **Alteridad y la conciencia coercitiva**

Con lo que hemos expuesto no es difícil señalar lo que en la teoría de la moral hasta ahora ha permanecido sin explicación: el momento del deber. ¿Qué hace que el sujeto se sienta obligado a incluir en la estructuración de su acción los intereses del otro? Si se sigue el proceso de formación de la moral ahí donde ésta se constituye, la respuesta salta a la vista: la alteridad que se integra a la naturaleza interior con la adquisición de la competencia de acción e interacción. Es el hecho de que el otro significativo sea incluido en el sistema de motivaciones lo que hace surgir esa forma particular de conciencia coercitiva llamada conciencia moral. No puede dudarse entonces que ésta es un constructo cultural, y precisamente por eso se ajusta a la lógica en la que el mundo es percibido e interpretado.

## El constructor: el sujeto

Si se aceptan estas consideraciones, habrá que admitir que el verdadero constructor de la moral es el sujeto empírico, quien en un largo proceso que se inicia a partir del nacimiento va coordinando sus acciones y al mismo tiempo desarrolla estructuras morales, cognitivas, lingüísticas, etcétera, que le permiten una interacción que le garantiza su sobrevivencia presente y futura.

Se podrá objetar que la moral que aquí se construye no es otra que la del adulto: en la interacción, la moral que entra en juego primero es aquella de la persona que asume el cuidado del niño, éste sólo se limita a reproducirla. Desde luego que esto es indiscutible, pero una mirada al proceso filogenético de formación de la moral permite aclarar con mayor rigor esta cuestión y confirmar nuestro supuesto.

La evolución de la constitución antropológica se caracteriza por un proceso mediante el cual la rígida estructura instintiva va siendo sustituida por el desarrollo de formas socioculturales de vida que pretenden asegurar la sobrevivencia. Este proceso fue posible por el enorme aprendizaje que tuvo lugar en las primeras etapas de la ontogénesis, que en el transcurso de miles de años fue volviendo inoperantes los mecanismos instintivos que determinaban una respuesta específica a un estímulo concreto. Se puede afirmar que los cambios genéticos ocurrieron siempre en la siguiente generación; cada nueva generación nació con un equipo genético modificado.<sup>4</sup>

Este milenar desarrollo condujo al hombre a un estado de incapacidad extrema para sobrevivir en el momento de su nacimiento y lo orilló a iniciar un proceso de aprendizaje de formas de vida socioculturales. El proceso de construcción de estas formas de vida debió iniciarse necesariamente en la ontogénesis. En la evolución de la especie antropológica fueron los niños quienes primero desarrollaron una mayor competencia sociocultural. Estas capacidades fueron ejercitadas y utilizadas en el nivel de los adultos para luego ser aportadas a la ontogénesis de la siguiente generación. Si el cuidado del lactante pudo verificarse como un comportamiento moral se debió a que esta competencia fue desarrollada con anterioridad en la ontogénesis, sustituyendo relaciones que eran fijadas por el instinto, como en el resto de las especies.

Las condiciones que permiten el desarrollo de la moral son las circunstancias que explican la moral tal como la encontramos en la historia. La vida adulta no altera la determinación de las condiciones sobre el desarrollo de la moral. Por

<sup>4</sup> Biológicamente este proceso tuvo su principal sustento en el desarrollo del cerebro humano.

el contrario, las condiciones del proceso de formación continúan estableciendo el momento de la obligatoriedad que se introduce al estructurar la acción.

El niño no asume la moral que ya han desarrollado los adultos –si así fuera la moral nunca se hubiera podido desarrollar, porque ya hubiera estado dada–, el niño la construye. Esta situación, al tiempo que contradice la forma en que la filosofía entiende la moral, abre una posibilidad de su estudio científico. Sólo advirtiendo que la moral se debe a un proceso constructivo emprendido por cada nuevo miembro de la especie puede entenderse por qué existe y por qué pudo formarse en el transcurso de la evolución.

## La conciencia de las reglas

Referirnos a la capacidad constructiva de los miembros más pequeños de la especie antropológica nos acerca a la segunda determinante del desarrollo de la moral: las investigaciones de Piaget han probado que el desarrollo de la conciencia moral sigue al de la competencia de la acción. Sólo cuando ésta se encuentra avanzada y se ha desarrollado la competencia de poder cumplir las reglas, el niño concreta la conciencia de la obligación de seguirlas. El niño logra primero competencia de acción, después la conciencia de que ha desarrollado esta competencia en las reglas de la acción, en especial de la acción social. Sólo entonces se percata de que hay reglas en la interacción que hay que cumplir. La razón que explica esta secuencia es sencilla: la conciencia reflexiva de algo sólo puede formarse a partir de lo que se tiene algún conocimiento (Piaget, 1935: 183). La conciencia de la acción, solamente a partir de la acción, y la conciencia de las reglas, exclusivamente de las reglas. Si bien es cierto que existe una conciencia ya en el proceso en que se forma la acción, es decir, en la coordinación de la motricidad, esta conciencia es diferente de la de tener que cumplir las reglas. Esta última no existe en el niño pequeño. Sólo con la conciencia de la regla se forma la conciencia moral de estar obligado a seguirlas. La moral es una forma avanzada en el proceso de adquisición de la competencia de acción y de interacción.

Si es correcto que el proceso de aculturación parte de la ontogénesis de los miembros de la especie, entonces también lo es que el desarrollo de la moral en el nivel de los adultos deba construirse primeramente en las relaciones que han constituido el proceso de formación de la sociedad, es decir, en las relaciones entre los géneros. Entre la aculturación en la ontogénesis temprana de los miembros de la especie y la formación de las relaciones entre los géneros existe un vínculo en la lógica de su desarrollo: precisamente porque el proceso de aculturación en la

ontogénesis ocurre con la creación de la intimidad, en el que la alteridad se integra a la subjetividad, los individuos buscan en la adolescencia restablecer esta intimidad en la relación entre los géneros en un nivel psicosocial más amplio. Los mayores buscan, de ser posible, abandonar a su familia y fundar una propia.

## **Las relaciones entre los géneros**

La relación entre los géneros es la forma más estrecha de relación social, en ella debe reorganizarse la intimidad de la niñez bajo condiciones que han cambiado radicalmente, entre ellas la más relevante es la autonomía lograda en la conducción de la vida (Dux, 1994: 13). La lógica interna de esta relación, la intimidad bajo la condición de la autonomía, vuelve virulenta la conciencia de que la comunidad se sustenta en la reciprocidad de la ayuda que uno presta al otro. Toda forma de ayudar al otro es la condición para obtener la ayuda de éste. Sólo mientras se conserven en mutua dependencia los momentos de la emocionalidad y el percatarse de la necesidad de hacer propios los intereses del otro, subsistirá la razón de la relación entre los sexos. Esto se expresa en la moral de las comunidades familiares: en ellas la moral se vuelve condición de su existencia, si no se actúa conforme a ella, la relación se desintegra. No hay que pasar por alto que se trata de una forma acentuada de moral, pues se sustenta en una forma muy estrecha de comunicación y de lazo emocional. Pero precisamente por ello permite aparecer la estructura de la moral con mayor claridad que en otras relaciones. Al tener presente la moral, tal como se desarrolla en las relaciones entre los géneros, es posible precisar el concepto: como se puede observar en las estrechas comunicaciones e interacciones entre los géneros y en las pequeñas comunidades de la vida diaria, la moral consiste en hacer propios los intereses del otro, de aquel que intenta satisfacerlos en la comunidad. Esta forma de moral es, en sentido estricto, la condición para que las comunidades se mantengan caracterizadas por la intimidad, en especial las familiares. Sin duda, esto no es todo en la determinación de la moral, pero con la alteridad y el percatarse de la necesidad de hacer propios los intereses de los otros significativos puede explicarse el fundamento de su génesis.

## **Las fronteras de validez de la moral**

Hemos visto que las condiciones en las que se forma la moral son universales. Todos los niños de todas las sociedades y de todas las épocas desarrollan la estruc-

tura de la moral para interactuar con la persona encargada de su cuidado. Sin esta estructura, la comunicación y la interacción resultan imposibles. Sin embargo, esto no quiere decir que la esfera de validez de la moral carezca de fronteras. Por el contrario, si la moral se desarrolla para posibilitar la comunicación e interacción estrecha en los marcos íntimos de la pequeña comunidad en la que transcurre la vida cotidiana, más allá de estas fronteras no existe ninguna razón para ampliar la esfera de validez. La facticidad de la organización de la sociedad a través de la dominación y la facticidad de la sociedad moderna como sociedad de mercado son prueba de ello.

## Conclusión

Puede decirse que la moral se forma como conciencia de la obligación de hacer propios los intereses del otro. Este momento de obligatoriedad resulta, como hemos visto, de la relación emocional que sustituye a la relación natural de las etapas tempranas de la ontogénesis y de la experiencia, que se traduce en el terreno de la cognición, de que las interacciones y con ellas la relación con los demás sólo pueden mantenerse cuando se consideran las expectativas y los intereses de los otros. Esta moral construida en las primeras etapas de la ontogénesis, también es relevante en las relaciones sociales, es decir, las acciones morales pueden incluir también a un alter anónimo. La forma en que esto sucede requiere una reflexión teórica que escapa a los propósitos de este artículo. Pero antes de extender la moral y el punto de obligatoriedad que conlleva sin miramientos a las relaciones sociales, conviene tener presente tres reflexiones que se desprenden de todo lo mencionado.

1. Ontogenéticamente la moral se desarrolla porque es la condición de la posibilidad de la existencia del sujeto en la comunidad en la que nace. Es también la condición de la socialidad. El contenido de la obligación se reproduce en la naturaleza interior del sujeto, quien se forma en su naturaleza interior como un sujeto cultural y moral, independientemente de qué tan bien o tan mal lo logre. Esto permite advertir que la moral que se forma en las primeras etapas de la ontogénesis y que se hace efectiva en las pequeñas comunidades de la vida cotidiana es una moral con altas pretensiones.
2. Las normas morales no fueron las únicas estructuras de la organización social. Tan pronto el poder constitutivo de las sociedades se institucionalizó, el poder y los procedimientos de dominación fueron procesados normativamente. Esto es relevante en la comprensión de la dimensión de

validez de la forma histórica de la moral. La historia de la sociedad nunca se ha desarrollado a través de principios morales, siempre fueron el poder y los intereses de autoafirmación de aquellos que supieron y pudieron movilizar potenciales de poder los que dinamizaron la evolución de la organización social.

3. Ningún otro concepto viene a probar lo que hemos mencionado como la idea de igualdad y su facticidad como principio normativo en las sociedades. La idea de que todos los hombres son iguales no implica el desarrollo de la obligación moral de ver satisfechos sus intereses en forma equitativa en la sociedad. En las condiciones reales de las sociedades no se plasman las condiciones normativas ideales del deber. Hay que entender los postulados ideológicos de muchas constituciones como éticas vinculantes que requieren la amenaza del uso de la violencia legítima del estado, pues no existe seguridad alguna de que el momento de obligatoriedad esté presente en todas las conciencias.

## Bibliografía

Apel, Karl-Otto

- 1976 "Das Apriori der Kommunikationsgemeinschaft und die Grundlagen der Philosophie", en *Transformation der Philosophie*, vol. II, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, pp. 358-435.

Aquino, Tomas de

- s/f *Summa theologica*.

Aristóteles

- 1984 *Die Nikomanische Ethik*, Deutscher Taschenbuch Verlag, Munich.

Aulis, Aarnio, Ernesto Garzón Valdés y Uusitalo Jyrki, comps.

- 1997 *La normatividad del derecho*, Gedisa, Barcelona.

Braten, Stein

- 1988 "Between dialogical mind and monological reason: postulating the virtual order", en Miriam Campanella, ed., *Between Rationality and Cognition*, Turin, pp. 205-235.

Durkheim, Émile

- 1997 *La educación moral*, Losada, Buenos Aires.

Dux, Günter

- 1982 *Die Logik der Weltbilder, Sinnstrukturen im Wandel der Geschichte*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno.

- 1992 *Die Spur der Macht im Verhältnis der Geschlechter. Über den Ursprung der Ungleichheit zwischen Frau und Mann*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno.
- 1994 *Geschlecht und Gesellschaft . Warum wir lieben. Die romantische Liebe nach dem Verlust der Welt*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno.
- 1997 "Normen und ihre Geltung im Verständnis der prozessualen Logik der Neuzeit", en Jean-Pierre Wils y Volker Pfeifer, eds., *Anthropologie und Ethik*, Francke Verlag, Tübingen, pp. 176-211.
- 2000 *Historisch-genetische Theorie der Kultur, Instabile Welten. Zur prozessualen Logik im kulturellen Wandel*, Velbrück Wissenschaft, Göttingen.
- 2001 *Moral und Recht im Diskurs der Moderne. Zur Legitimation gesellschaftlicher Ordnung* Leske+Budrich, Opladen.
- Edelman, Gerald M.  
 1992 *Göttliche Luft, vernichtendes Feuer. Wie der Geist im Gehirn entsteht*, Munich.
- Gauthier, David  
 2000 *La moral por acuerdo*, Gedisa, Barcelona.
- Geulen, D., ed.  
 1982 *Perspektive Übernahme und soziales Handeln. Texte zur sozialkognitiven Entwicklung* Suhrkamp, Fráncfort del Meno.
- Habermas, Jürgen  
 1998 *Conciencia moral y acción comunicativa*, Ediciones Península, Barcelona.  
 2001 *Teoría de la acción comunicativa, II. Crítica de la razón funcionalista*, Taurus, Madrid.
- Holloway, Ralph  
 1996 "Evolution of the brain", en Andrew Lock y Charles R. Peters, *Handbook of Human Symbolic Evolutions*, Oxford, pp. 74-125.
- Kant, Immanuel  
 1968 *Crítica a la razón práctica*, en *Obras completas*, vol. v y vi, México.
- Kelsen, Hans  
 1994 *Teoría general de las normas*, Trillas, México.
- Kohlberg, Lawrence  
 1974a *Die kognitive Entwicklung des Kindes*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno.  
 1974b *Zur kognitiven Entwicklung des Kindes*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno.
- Kohlberg, Lawrence, F. C. Power y A. Higgings  
 1997 *La educación moral. Según Lawrence Kohlberg* Gedisa, Barcelona.
- Lipovetsky, Gilles  
 2000 *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, Anagrama (Colección Argumentos), Barcelona.
- Luhmann, Niklas  
 1977 *Funktion der Religion*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno.

- 1978 *Theorietechnik und Moral*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno.
- Mahler, Margaret, et al.  
1989 *Die psychische Geburt des Menschen*, Fráncfort del Meno.
- Mead, G. H.  
1973 *Geist, Identität und Gesellschaft*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno.
- Piaget, Jean  
1935 *El criterio moral del niño*, Francisco Beltrán, Madrid.
- Portmann, Adolph  
1967 “Die Stellung des Menschen in der Natur”, en *Zoologie aus vier Jahrhunderten*, Munich, pp. 511-518.
- Selman, R. L.  
1984 *Die Entwicklung des sozialen Verstehens. Entwicklungspsychologische und klinische Untersuchungen*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno.
- Sutter, Tielman  
s/f *Moral aus der Perspektive der A-moral*, Pfaffenweil.
- Tugendhat, E.  
1986 “Über die Notwendigkeit einer Zusammenarbeit zwischen philosophischer und empirischer Forschung”, en Wolfgang Edelstein y Gertrud Nunner-Winkler, eds., *Zur Bestimmung der Moral: Philosophische und wissenschaftliche Beiträge zur Moralforschung* Fráncfort del Meno, pp. 25-36.